

Trento de traición por haberse conjurado con los «ultramontanos.» Estas acusaciones encontraban cada día mayor eco en el ánimo de Pio IV, el cual, en su apasionamiento, olvidando por completo sus antiguas promesas, acusó á los legados, á excepción de Simonetta, de haber cometido un gran pecado observando aquella traidora conducta (1). De Seripando decía: «Me arrepiento de haberle hecho hombre; preferiría pagar 50,000 ducados y no haberle nombrado cardenal, pues es un enemigo de la Santa Sede (2).» Simonetta, que se veía ya dueño de la situación, hacía todo lo posible para mortificar y anular á sus colegas de Trento (3). Pio manifestó, por último, que, para poner término á esta lucha, enviaría á Trento tres nuevos legados, uno de los cuales, San-Clemente, superior al cardenal diácono Gonzaga, como cardenal presbítero, debía sustituir á aquél en la presidencia.

Esta medida hubiera sido de importancia decisiva, pues no solo hubiera obligado al cardenal de Mantua, hasta entonces presidente—que gozaba de la consideración general y del particular aprecio del emperador y del rey de España—á abandonar el concilio, sino que hubiera puesto de manifiesto la completa dependencia del sínodo del capricho de la corte romana. También hubiera podido ser causa de la disolución del concilio, pues ni los españoles, ni los alemanes, ni los franceses hubieran querido pasar por tal humillación. ¿Por ventura no se quejaba el embajador francés, señor de Lausac, de que el concilio no fuese libre, como se había prometido, y de que se le enviara el Espíritu Santo con el correo de Roma (4)?

El público en general esperaba realmente la disolución del concilio, pues la Europa entera conocía las dificultades que en su seno habían surgido (5). Los españoles y sus correligionarios portugueses amenazaban con un rompimiento si no se ponía en el primer lugar del orden del día la cuestión del deber de residencia, y no se le daba una solución definitiva. El cardenal de Mantua se encontró en la alternativa de dar satisfacción á los prelados extranjeros, ó de incurrir en la cólera del Papa, y como creía difícil salir de tan crítica situación, pidió su licencia á Roma, fundándose en que había perdido la confianza de la Santa Sede. Pio IV solo estaba dispuesto á respetar la libertad del concilio con la condición de que obrase conforme á sus deseos.

Desgraciadamente, no era esta la única dificultad con que tropezaban los legados y con ellos el concilio en general. Felipe II, por consideración á los franceses y á los alemanes, había desistido de la exigencia de que se declarara el concilio continuación de las anteriores asambleas tridentinas. Escaso era el número de los prelados franceses y alemanes que habían asistido; ningún protestante había acudido á él, y en cambio, los españoles habían mostrado extraordinario celo. Por esto creyó el rey tener el derecho de instar á Pio IV y á los legados pontificios á que dieran satisfacción á sus deseos. Los legados lo comprendieron perfectamente y prometieron al gobernador español de Milan, marqués de Pescara, en solemne documento, hacer la mencionada declaración en la primera sesión pública que se celebrara (6). Pero apenas tuvieron noticia de esto los embajadores imperiales, decla-

(1) El obispo de Lérica á Vargas, 18 de mayo, *Documentos inéditos*, IX, 188.

(2) Despacho de Vargas de 23 de mayo: Döllinger, *Memorias*, I, 438.

(3) Musolotti, *Sommario*, 17.

(4) Lausac á de Lisle, 19 de mayo; Le Plat, V, 169.

(5) Crouser á Hosius, 8 de junio; Cypriano, pág. 233.

(6) Sickel, pág. 305. Dollinger, *Memorias*, I, 415. *Documentos inéditos*, IX, 127, 173.

raron, por orden de su soberano, que el día en que tal promesa se cumpliera, ellos y los obispos alemanes y húngaros abandonarían el concilio; resolución que también hicieron suya los embajadores y prelados franceses (7). Estos últimos especialmente daban continuos disgustos á los infelices legados. En efecto, el presidente Du Ferrier y el consejero del parlamento de Tolosa, Fabre, eran altamente sospechosos de herejía, y ellos y su jefe, el señor de Lausac, habían adoptado, desde un principio, una actitud hostil al concilio y además procedían siempre de acuerdo con los imperiales, según se lo ordenaba de continuo su gobierno. Las órdenes que habían recibido les obligaban á ponerse al lado de los oradores imperiales en el caso de que estos se viesen precisados á protestar y á abandonar el concilio. Desde luego la consecuencia de este suceso sería probablemente la convocación de un sínodo nacional en Francia y con ella el ingreso de esta nación en el seno del calvinismo ó del luteranismo (8).

En tan crítica situación, los legados no encontraron otro medio sino solicitar del Papa permiso para quebrantar la promesa hecha al rey de España y al marqués de Pescara, y al propio tiempo, consiguieron que los obispos españoles consintieran en aplazar la cuestión de las reformas. Pero dos días antes de la sesión pública, es decir, en 2 de junio, llegó de Roma la orden de que se declarara incontinenti que el concilio era continuación de los anteriores; medida aconsejada al Papa por aquellos cardenales que deseando la disolución del concilio, creían que sería la consecuencia necesaria de aquella orden. El espanto se apoderó de los legados, los cuales resolvieron suspender la ejecución del mandato y enviar un obispo al Papa para inducirle á que modificara su resolución. Celebróse, pues, la vigésima sesión en medio de un desorden y de una excitación indescriptibles y sin llegar á resultado alguno de importancia.

Todo el mundo estaba descontento: el concilio hacía seis meses que trabajaba y no había tomado ningún acuerdo de importancia. Los prelados independientes y los embajadores de los príncipes seculares se quejaban públicamente de que los prelados solo tolerasen aquello que era agradable al Papa y de que los obispos de pequeñas diócesis italianas, la mayor parte de los cuales estaban subvencionados por el Pontífice, venciesen en las votaciones á los partidarios de las reformas. A cada nueva exigencia escudábanse los legados con la voluntad pontificia, y cuando á alguien se dirigía al Papa, contestaba este hablando con unción de la libertad del concilio. Medio año había transcurrido de esta manera sin haberse podido llegar á ningún resultado, lo cual comenzaba á indignar á los que pensaban rectamente.

Las cosas no podían continuar así, sin exponerse á un levantamiento de todas las potencias no italianas. Los legados, comprendiendo la necesidad de ocuparse en tareas útiles é importantes, pusieron á discusión los artículos relativos á la Eucaristía, sobre los cuales no había recaído decisión alguna en el segundo concilio tridentino. Tratábase principalmente de saber si podía permitirse la Comunión en ambas especies y en caso afirmativo en qué condiciones debía administrarse. En este punto, los legados se encontraron con la tenaz resistencia de los españoles, dirigidos por el inflexible arzobispo de Granada, los cuales sostuvieron que la doctrina de la Eucaristía había sido suficientemente discutida por los anterio-

(7) Instrucción del emperador (22 de mayo); Sickel, pág. 314. El emperador se dejó influir en ella por el miedo á los protestantes. Le Plat, V, 184.

(8) El cardenal Ferrara al cardenal Borromeo, 18 de junio de 1562. Baluze-Mansi, IV, 421, 435.—El Papa á Felipe II, 1.º de junio 1562. *Documentos inéditos*, IX, 242.

res concilios, que no convenía en manera alguna á la Iglesia hacer concesiones á los herejes y á los descontentos, y que lo que procedía ante todo era ocuparse cuanto antes en la cuestión del deber de residencia. Los presidentes prometieron poner en breve este punto al orden del día, y con esto pudieron continuar los debates sobre la Eucaristía.

Los legados aparentaron querer acceder en este asunto á los deseos de los franceses y del emperador, pero en realidad se afanaban por evitar tales concesiones. Por un lado, temían la resistencia del monarca español y por otro, colocándose en un punto de vista general, no querían hacer sufrir á la Iglesia una derrota como la que había sufrido en la cuestión de los hussitas. Creían además que cediendo en este punto se corría el peligro de que á cada paso se produjeran nuevas y mas audaces y peligrosas exigencias. Por último, en la corte romana no había nadie, incluso el mismo Papa, que quisiera conceder el cáliz á los seglares (1). Las corrientes conciliadoras se habían extinguido con Paulo IV, desde cuya muerte seguía la Curia el principio de «quien no está conmigo está contra mí;» y no es posible desconocer que con esta conducta tenaz y obstinada consiguió Roma grandes triunfos. Ya en la época de que hablamos se veían por todas partes los excelentes resultados de esta política pontificia intransigente. El emperador Fernando, con su «libelo de reformas» no encontró gracia alguna en los legados, los cuales no veían en aquel proyecto mas que una fuente de escándalo y desorden para el concilio y de debilidad para el poder pontificio. Por esto prescindieron de él, y Fernando no atreviéndose á persistir en sus exigencias, renunció al libelo cuya redacción tantos cuidados había costado. Así, cuando los legados le notificaron la opinión que acerca de su proyecto habían formado, dióles (30 de junio) una contestación falta de toda energía (2) que parecía mas bien una excusa y acabó por pedir únicamente el aumento del número de sacerdotes en Alemania y la reforma de su conducta. Los franceses no hicieron ningún grande esfuerzo en favor de tal aliado, y los legados ganaron por consiguiente la partida, y en la cuestión de la Eucaristía, con evasivas y pretextos de toda clase (3), supieron entretener las esperanzas de los embajadores, que no se mostraron mas enérgicos y hábiles que su soberano. El concilio se contentó con condenar, en una serie de cánones, á todos los que sostuvieran la necesidad del cáliz laico, la insuficiencia de la Comunión en una sola forma, y la institución divina de la Comunión de los niños; declaraciones todas que, en el fondo, no tenían importancia alguna, pues ya habían sido hechas en 1551 en Trento. El partido reformista se había dejado una vez mas engañar y derrotar por sus adversarios.

Roma oponía su hábil y segura diplomacia á las demandas que formulaban los pueblos y los príncipes pidiendo reformas radicales en la Iglesia. Los legados aparentando querer cumplir las promesas que habían hecho, volvieron á los anteriores artículos de reforma, descartando sin embargo el mas importante, ó por mejor decir el único importante de entre ellos, cual era el referente al deber de residencia. Los alemanes y los españoles protestaron enérgicamente contra este plan que consistía en ocuparse solo en cuestiones accidentales y dejar á un lado las de verdadera importancia. Todo fué en vano, pues la mayoría italiana acordó continuar la discusión de lo secundario hasta que el Papa diese á conocer su resolución respecto de la cuestión del deber de residencia, que se le había sometido.

(1) Memoria del embajador bávaro; Le Plat, V, 345.

(2) Baluze-Mansi, IV, 446.

(3) Paleotto, pág. 562.

Entre tanto Pio IV había examinado las razones expuestas por los legados en la cuestión de ser el concilio continuación de los anteriormente reunidos en Trento; y modificando su anterior modo de pensar, las encontró fundadas. En su consecuencia, él y los presidentes escribieron una carta á Felipe II pidiéndole perdón y echando la culpa del cambio de ideas sobre los legados, especialmente sobre Mantua, los cuales prometieron reanudar la discusión de los dogmas en el mismo punto en que había quedado en 1552, de suerte que de este modo el concilio quedara de hecho declarado continuación de las anteriores asambleas tridentinas (4).

Pio IV, que solo de mala gana había cedido en este punto, se indignó en alto grado, cuando oyó hablar de la promesa hecha por los legados de permitir, á la primera ocasión que se presentara, que se discutiese la cuestión del deber de residencia, cuya solución definitiva se creía en Roma encomendada al Padre Santo, el cual seguramente no se habría dado mucha prisa en resolver tan arduo asunto. La cólera del Papa y de toda la Curia no tuvo límites. En vano volvió á presentar el primer presidente su dimisión; en vano los prelados independientes unos pidieron permiso para retirarse de Trento y otros enviaron al Papa una carta de disculpa. Simonetta y sus partidarios hicieron todo lo posible para mortificar á Gonzaga, el cual, esperando que se admitiese su renuncia, dejó de asistir á las sesiones bajo el pretexto del mal estado de su salud. Seripando que se veía, de parte de los romanos, objeto de iguales malos tratamientos que Mantua, quería ir á Roma á justificar allí su conducta (5). El concilio amenazaba disolverse; los miembros italianos mas influyentes del partido reformista se veían en Roma censurados y amenazados por sus mismos amigos y protectores. Uno de los oradores imperiales, Jorge Drascovich, obispo de Cincoiglesias (Hungría), se vio tan duramente atacado por el discurso demasiado franco que pronunció sobre el deber de residencia, que tuvo que pedir permiso al emperador para retirarse de Trento. En cambio, los obispos que habían hablado en sentido contrario, fueron colmados de alabanzas y halagados con la promesa de que, una vez terminado el concilio, recibirían una recompensa proporcionada á sus servicios. Estos podían permitirse en el concilio formular los mas groseros insultos y las mas humillantes exigencias, al paso que á sus adversarios solo se les consentía abandonar á toda prisa la ciudad de Trento. ¡Y todavía se hablaba de la libertad del concilio!

Iguals procedimientos se usaron con las demás potencias. El Papa se quejó amargamente de los embajadores de Carlos IX, pues, según él decía, los señores franceses parecían mas bien representantes de los hugonotes. El cardenal Ferrara, que residía en la corte francesa en calidad de legado apostólico, recibió el encargo de quejarse oficialmente de la conducta de Lausac. Ordenósele también que no siguiera trabajando, como lo había hecho hasta entonces, para que fueran á Trento mas prelados franceses, porque estos no hacían sino aumentar el número de los «malévolos,» es decir, de los independientes. La prueba de que la corte pontificia no quería oír hablar de reformas, es que prefirió renunciar á la cooperación en el concilio de una nación tan importante como la francesa. En cuanto á España, Pio IV amenazó al embajador español, Vargas, con su cólera y pidió formalmente á Felipe II la destitución de aquel diplomático.

(4) La correspondencia oficial sobre este punto se encuentra en los *Documentos inéditos*, IX, 226, 255; modifica en muchos puntos la Memoria de Paleotto.

(5) Musotti, pág. 20, 29.

El Papa al fin, descontento de los prelados y de los príncipes, decidió trasladar el sínodo a una ciudad italiana, é hizo todos los preparativos necesarios para proteger á la asamblea en el nuevo punto de reunion que se le señalara. Parecía inevitable una lucha entre el Pontificado y los países «ultramontanos.» Pero tan violentas decisiones se encontraron desde luego con la resistencia de todos los hombres pensadores. Los venecianos, cuya opinion pesaba mucho en el ánimo del Papa, le aconsejaron que no procediera tan apasionadamente. Todos los embajadores que se encontraban en Trento, se mostraron, sin excepcion, sumamente respetuosos para con el cardenal de Mantua, pero en extremo indignados con la Curia. El conde Arco, representante de Fernando en Roma, quejóse al Papa en persona de que se privara de libertad al concilio; y entre los mismos partidarios del concilio se empezó á decir que no debía obligarse á la mitad del orbe cristiano á desertar de la Iglesia.

Pio IV y su consejero comprendieron que era preciso dar un paso atrás, paso que podían dar tanto mas fácilmente, cuanto que la campaña emprendida por la Curia contra la independencia del concilio habia producido importantes resultados. Los obispos italianos liberales, que se veían atacados por aquellos á quienes consideraban sus superiores y de quienes dependía su porvenir, habian desistido, en su mayor parte, de continuar la lucha. El triunfo conseguido en el exterior no tenia menos importancia. Felipe II ordenó á sus prelados de Trento que dejaran se diera al olvido la cuestion del origen divino del deber de residencia y, para complacer á su tío el emperador, consintió en que no se resolviera la cuestion de si era ó no el concilio la continuacion de los anteriores tridentinos (1).

Pio IV se vió ya tan seguro de la victoria como espantado é indignado se habia sentido poco tiempo antes: á la sazón todo lo veía de color de rosa, pues conseguidas las concesiones que el rey de España le habia hecho, se consideraba árbitro del rey y señor absoluto del concilio. Así, habiendo estallado en aquel tiempo la primera guerra religiosa en Francia, se creyó dispensado de guardar consideracion alguna al gobierno de esta nacion; y habiendo conocido por otra parte la debilidad del emperador, se habia convencido de que no debía temerle mucho; de manera que por todos lados hallaba motivos de confianza y de esperanzas en el porvenir.

Por esto, creyó tambien poder mostrar de nuevo su benevolencia á los prelados de Trento. Tranquilizó al cardenal de Mantua y á los obispos de la oposicion escribiéndoles halagueñas y benévolas cartas; y Simonetta, cuyos servicios no eran ya necesarios, recibió órdenes que en fórmulas amistosas confirmaban su derrota personal, pues le excitaban á obedecer y á someterse al primer presidente y le encargaban suprimiera todo aquello que pudiera hacer presumir que gozaba en Roma de cierta consideracion. El Papa, exagerado en todas sus cosas, colmó de muestras de amistad y consideracion á aquel mismo Gonzaga, á quien pocas semanas antes habia mortificado é injuriado, y le designó como jefe y director de sus compañeros y del concilio (2). Mantua y Simonetta hubieron de reconciliarse formalmente por orden de Su Santidad.

A pesar de todas estas pruebas de benevolencia, la Curia no perdonó nunca á los prelados rebeldes; así es que ninguno de los italianos que votaron en pro del origen divino del deber de residencia recibió proteccion alguna ni consi-

guió, á pesar de las muchas recomendaciones, la dignidad cardenalicia. Por su parte Simonetta, no obstante la reconciliacion oficial, siguió siendo objeto de la animadversion de los demás legados y de todos aquellos que no eran ciegamente adictos á la Curia romana.

La tempestad que amenazaba acabar con el concilio quedó, pues, conjurada, pudiendo celebrarse tranquilamente la quinta, ó sea la vigésimaprimer sesión, en la cual se publicaron los cánones de la Eucaristía y nueve capítulos de reforma. ¡Pobre resultado en verdad, despues de ocho meses de trabajos!

Gran celo se empleó en los preparativos para la próxima sesión que debía celebrarse el día 17 de setiembre. El sacrificio de la misa, del cual se trató, tuvo leve discusion. La esencia de la misa fué definida como un sacrificio expiatorio para vivos y muertos; se aceptó la concesion de poderla celebrar en honor de uno ó de varios santos, y se declaró para ella como único y exclusivo el idioma latino.

Mas importante era la cuestion de la Comunión en ambas especies, cuestion que el emperador planteó de nuevo formulando una amenaza muy natural en sus circunstancias. Es posible, decia, que Italia no necesite la reforma; pero sería sensible ver limitada la religion católica á un rincón de tierra tan pequeño. Como de costumbre, los embajadores franceses estuvieron en este punto al lado de los imperiales; y la ocasion se presentaba menos desfavorable de lo que algunos partidarios de las reformas temian, pues el Papa habia manifestado, pocas semanas antes, que era preciso satisfacer los deseos del emperador. Ya sabemos que Pio IV habia considerado esta cuestion mas como de mera forma que de real y verdadera importancia; y además de esto la amenazadora situacion religiosa de Alemania y de Austria le inducia á hacer en este asunto alguna concesion que no revistiera gran importancia. En su consecuencia, el cardenal de Mantua presentó al concilio, en 22 de agosto, la proposicion de Fernando. El primer legado, que en sentido general se mostraba propicio á la reforma y que estaba unido al emperador por lazos de amistad y de parentesco, hizo cuanto pudo para atraerse á la asamblea. Otro legado, Hosius, profundo conecedor de las cuestiones de Alemania, le apoyaba secretamente. Los procuradores del arzobispo de Salzburgo recomendaron enérgicamente las pretensiones de los embajadores imperiales; y además, no se trataba de una concesion general, sino de que se permitiese el cáliz laico solo á los alemanes, bohemios y húngaros, y eso con tal que en los demás puntos religiosos fueran buenos católicos.

A pesar de todo, el voto del concilio no fué favorable á los deseos de Fernando. Casi todos los españoles y un gran número de otros prelados manifestaron que no querian otorgar concesion alguna á los herejes, y otros muchos dijeron que sería bueno dejar la cuestion al arbitrio del Papa, como se habia hecho con la definicion del deber de residencia. Sin tener para nada en cuenta las miras conciliadoras del Padre Santo, su teólogo el general de los jesuitas, Lainez, no solo pronunció un enérgico discurso contra la proposicion imperial, sino que apeló á su influencia personal sobre los obispos para hacerla fracasar (3).

La votacion tuvo efecto el día 6 de setiembre: 48 prelados votaron porque se aceptara la proposicion; 52 porque se rechazara, y 65 porque se dejara la solucion de este asunto al arbitrio del Papa (4).

(3) Memoria de los oradores imperiales, 18 de setiembre: Le Plat, V, 504.

(4) Copio las cifras oficiales del secretario Massarelli; Theiner II, pág. 315.

El orador imperial, obispo de Cincoiglesias, sintió gran desaliento en vista de este resultado. Como ninguna de las proposiciones habia obtenido mayoría, pareció quedar abandonada la cuestion, y así lo comprendió la mayoría del concilio; pero Drascovics volvió á adquirir poco á poco confianza y resolvió, de acuerdo con Gonzaga y probablemente con Hosius, que los legados propusiesen al concilio un nuevo decreto que recomendara al Papa los deseos del emperador.

Afortunadamente, el cardenal de Mantua no consideró completamente desestimadas las pretensiones del emperador, y vislumbró un resultado que dejaba una esperanza de éxito para la causa que defendian los alemanes. Despues del doble voto del concilio, el Papa no hubiera podido hacer en este punto concesion alguna á Fernando, por esto formuló Mantua un nuevo decreto que dejaba sencillamente la resolucion del asunto al arbitrio del Padre Santo.

Entonces ocurrió en la asamblea general de 16 de setiembre una escena tumultuosa. Muchos Padres se quejaron de que se quisiera violentar su conciencia presentándoles de nuevo acuerdos que anteriormente habian rechazado; y algunos amenazaron con abandonar el concilio, pretextando que esto no era ya libre. En tan crítica situacion, Simonetta acudió al auxilio de Mantua diciendo que el emperador esperaba una decision y que por tanto podia votarse tranquilamente.

Simonetta procedia de este modo porque sabia que Pio IV no se oponia personalmente á la concesion del cáliz á los súbditos del emperador; pero desde el momento en que se vió que Simonetta, á quien se consideraba como confidente del Papa y de la Curia, se ponía de parte del de Mantua, la proposicion de este fué aprobada por 98 votos contra 38.

No puede decirse que los embajadores del emperador se portasen con habilidad. En un principio permitieron que la cuestion se aplazara y fuera objeto de vacilaciones, de tal suerte que muchos prelados creyeron que el emperador le daba escasa importancia, y luego la precipitaron demasiado no queriendo esperar la llegada de los obispos franceses, que estaba anunciada para octubre ó noviembre, los cuales, por encargo especial de su gobierno, hubieran votado indudablemente en masa en favor de la concesion del cáliz. Así se lo habian aconsejado á los embajadores Mantua y todos los que les querian bien. En cambio, despues la simple intervencion de los legados les preparó una humillante derrota. Los emisarios imperiales escribieron á su príncipe diciéndole que el último decreto «habia sido arrancado violentamente á los Padres.» Por lo demás, esperaban que el Papa accedería á los deseos del emperador, desde el momento en que el concilio no se habia pronunciado contra ellos.

Así las cosas, el concilio pasó á tratar de lo que con intencionada exageracion se llamaba la «reforma.»

Los embajadores de Fernando I y de Carlos IX habian pedido una modificacion formal de la Iglesia, ajustada á los deseos de los pueblos del Norte de los Alpes y en el sentido de una aproximacion á los protestantes, lo primero segun el «folleto de reformas» de mayo de 1562, y lo segundo conforme con los acuerdos del sínodo de Poissy. La aprobacion de tales proposiciones hubiera modificado por completo el carácter de la Iglesia católica, tal como se habia ido desarrollando desde el siglo XI; pero en cambio se hubiera conseguido si no reconciliar por completo ambas confesiones, ponerlas en condiciones de vivir en paz una junto á otra. Pero los legados hicieron imposible esta perspectiva, por mas que reconociesen toda la importancia histórica del hecho, y declararon que preferian morir antes que proponer al concilio unos artículos que se oponian á la piedad cristiana. En cambio, recibieron del Papa y del cardenal Borromeo permiso para ofrecer á la consideracion del concilio algunos

puntos insignificantes del «folleto» imperial y del acta de Poissy «para tajar la boca, como ellos decian, á los franceses y á los alemanes (1).»

No era necesario descender á pormenores acerca de estas insignificantes reformas jerárquicas; y no faltaron Padres que opinasen que era indigno de un concilio general tratar de cosas tan nimias. Así llegó la sexta, ó sea la vigésimasegunda sesión, en la cual fueron publicados los mencionados decretos. A ella asistieron tan solo 31 prelados (entre ellos casi todos los españoles), los cuales votaron en contra de la proposicion de dejar la cuestion del cáliz al arbitrio del Papa, y muchos protestaron formalmente contra este acuerdo.

La Curia estaba contentísima de que el concilio tomara acuerdos tan insignificantes y poco decisivos y dejase al arbitrio del Padre Santo la solucion de todas las cuestiones de verdadera importancia. El Papa encomió hasta las nubes, en pleno colegio de cardenales, la conducta de Gonzaga. La oposicion estaba desanimada al ver fracasados todos sus esfuerzos; y Guerrero, en un momento de tristeza y de indignacion, llegó á pedir al Papa permiso para regresar á su diócesis (2); pero pronto hemos de ver al arzobispo de Granada tan audaz é intrépido como antes en su oposicion.

IV.—TRIUNFO DEFINITIVO DEL PONTIFICADO SOBRE LA OPOSICION ESPAÑOLA, FRANCESA Y ALEMANA

Los jesuitas en Trento.—Italianos y «ultramontanos».—El derecho divino del episcopado.—Llegada del cardenal de Lorena á Trento.—Los italianos contra los españoles.—Exigencias de los franceses.—Disensiones en el seno del concilio.—El emperador Fernando en Innsbruck.—Sus exigencias al Papa.—Fallecimiento de los dos primeros legados y nombramiento de Morone y de Navagero.—Morone atrae á Fernando á la causa de la Curia.—Derrota completa del partido reformista.—Trabajos realizados por Felipe II y por el conde de Luna en el concilio.—Seminarios episcopales.—Los obispos titulares.—Separacion de Lorena de la causa de la Reforma.—El sacramento del matrimonio.—Los 36 cánones reformadores.—Ataque al poder civil.—Reforma del Colegio de cardenales.—La Reforma salvada en parte por la intervencion de los españoles.—Pio IV apresura la terminacion del concilio.—Astucia de la Curia para vencer la resistencia de los españoles.—Ultima sesión.—Fin: la cuestion de la aceptacion de concilio.—Extraordinaria importancia del concilio tridentino para la Iglesia católica.—Robustecimiento y fijacion de los dogmas.—Fortalecimiento del poder pontificio.—Robustecimiento del poder episcopal.—Moralizacion é instruccion del clero.—Renacimiento de la vida eclesiástica y moral en el seno del catolicismo.

La siguiente sesión pública habia sido señalada para el día 12 de noviembre, y la Curia acariciaba la esperanza de que sería la última ó la penúltima y de que podrian darse por terminadas las tareas del concilio por todo el mes de diciembre ó quizás antes. Esto no obstante tuvo que celebrarse mas tarde la referida sesión y ser presidida por otros legados, á causa de algunas dificultades invencibles que surgieron.

Pio IV contaba para su triunfo con sus teólogos favoritos, los jesuitas, los cuales observaron en el concilio la misma intrepidez, por no decir insolencia, que siempre habia caracterizado su conducta respecto de la Iglesia, y se portaron cual si fueran verdaderos señores del concilio. Uno de ellos, Salmeron, asistió á las sesiones desde sus comienzos y se aprovechó de su situacion como teólogo pontificio para prescindir del orden de los asuntos y de los mandatos de los legados, habiendo además declarado que no debía á estos obediencia alguna. Los legados se quejaron de esta conducta

(1) *Ut obstruantur aurum ora*; Raynaldi *ad an.* 1562, número 63.

(2) *Documentos inéditos*, IX, 303.